

Martine Dauzier

“Bertran de Born, guerrero medieval, héroe imposible del sur de Francia”

p. 301-310

El héroe entre el mito y la historia

Federico Navarrete y Guilhem Olivier (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/

Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos

2000

358 p.

Figuras

(Serie Historia General 20)

ISBN 968-36-8095-X

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/374/heroe_mito.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



BERTRAN DE BORN, GUERRERO MEDIEVAL, HÉROE IMPOSIBLE DEL SUR DE FRANCIA

Martine DAUZIER*

Si qu'apres nos en chan hom de la gesta
[de modo que, después de nosotros se hable
de nuestras hazañas]

¿Quién deseaba sobrevivir así en la memoria de los siglos?, un guerrero, caballero, pequeño señor feudal de Aquitania, trovador además, Bertran de Born: buscaba sobrevivir como los personajes de los cantares de gesta, Roland, Renaud, Olivier. Este héroe controvertido e inacabado lo escogió Dante Alighieri en su *Divina Comedia* para ejemplificar al guerrero sanguinario, después revivió como héroe en textos del siglo XIX y del XX, en toda Europa. Su nombre dió sus títulos a obras históricas, pictóricas y literarias —siete dramas y óperas, varios poemas, dos novelas históricas. También conoció temporadas de completa oscuridad, donde cayó en el olvido.

Como señor en Perigord pertenece a la crónica y a los cartularios, del trovador encontramos poemas políticos en muchos manuscritos puesto que, nacido alrededor de 1140, cantó las guerras de la segunda mitad del siglo XII.¹ Cercano a los reyes Plantagenets, Enrique el Joven, Ricardo Corazón de León, Juan sin Tierra, fue sobre todo enemigo del rey de Aragón Alfonso II, sin dejar de criticar ferozmente a Felipe Augusto de Francia. Entró entonces en alianzas frágiles con los barones de Aquitania pero terminó su vida en el claustro. Tantos altibajos de una vida inquieta y turbulenta permiten seguir la construcción, en una época de crisis social e ideológica, de una figura heroica gracias a la literatura. El contraste entre el interés que mostraron varios autores en toda Europa y su casi-olvido en la cultura francesa contemporánea nos permite relacionar a Bertran de Born con la dificultad, muy específica de Francia, de no aceptar, de no poder reconocer a un héroe que no

* Centro Francés de Estudios Mexicanos y CentroAmericanos (CEMCA).

¹ Ver Martin de Riquer, *Los Trovadores*, Barcelona, 1975, t. II.

sea nacional.² Por fin, la interrogación a propósito de los héroes nacionales lleva a preguntarse cuál gran fuerza peculiar tiene la Edad Media —como época y espacio de lo imaginario— en la configuración de una “nación heroica”.

Qué inventar para responder a una crisis? un héroe

Entre historia y mito encontramos un guerrero más en el camino. Sus “sirventes”, canciones políticas, nos adentran a una historia individual y colectiva con frecuentes sublevaciones entre señores feudales, grandes y pequeños, en contra de soberanos lejanos, ingleses, que se encuentran en Tierra Santa o en Inglaterra. Bertan se define a sí mismo, y un siglo después así todavía lo definen los juglares presentando su obra a sus auditorios, como el amigo perfecto o el enemigo terrible de los reyes. Él alienta la guerra, la aprovecha, existe sólo por ella, al gritar insultos o lanzarse solitario con mucha bravura al ataque, montado en un caballo que se llamaba como el de Roland.

La figura del héroe valiente, que nos parece hoy en día tan representativa de la Edad Media, nace de hecho de una crisis histórica como una *ficción*. Ficción necesaria en el ámbito político del final del siglo XII, ficción adecuada para movilizar energías. Se trata de legitimar al grupo de los caballeros —*milites*—, de promover su sobrevivencia a pesar de nuevos poderes ascendentes, bien estudiados por G. Duby. Entre ellos el de los príncipes, quienes están acrecentando sus propios feudos y multiplicando sus vasallos directos, pero también la riqueza de una burguesía incipiente de mercaderes que necesitan la paz, mercaderes más presentes en el sur de Francia o en Italia, en fin, y sobre todo, la fuerza de las bandas de mercenarios, llamados brabançons, vascos, guerreros sin tierra. En tal panorama peligrosamente cambiante, si el caballero quiere afirmar su antigua preeminencia, tiene que demostrar que sólo él tiene la valentía de los héroes del pasado, la de los pares de Carlomagno. Pero el caballero de fin de siglo inventa una valentía individual y excepcional diferente de la que aparecía en los cantares de gesta del siglo XI donde lo que contaba era la colectividad. En la *Chanson de Roland* más cuenta Carlomagno que Roland y más la comunidad de los franco cristianos que Carlomagno. Una colectividad muy dispersa, todavía aislada geográficamente, encontraba así lazos ideológicos fuertes: la verdadera valentía era colectiva y la fuerza tenía

² Lo que no impide a cualquier héroe nacional de tener varias imágenes y funciones partidarias. Véase R. Girardet, *Mythes et mythologies politiques*, Paris, 1986.

que aliarse en la realidad con la prudencia. En frente de Roland surge Olivier y dice el poeta anónimo: “Roland tiene proeza, pero Olivier sabiduría”. Los historiadores actuales muestran que lejos de ser sangrientas las guerras feudales dejaban muy pocos muertos en el campo de batalla; guerra limitada a la primavera, *razzias* de pocos días, sitios considerados como simples amenazas. Se regulaban de facto muchos conflictos potenciales o ya iniciados, por lazos familiares y arreglos extra legales.³ Además, la aristocracia sureña era menos militar que en el Norte, como lo observan en un tono de reproche los autores de crónicas, en el Norte, que la describen como demasiado feminizada (las hijas podían heredar un feudo) e interesada en los divertimientos de las pequeñas cortes.

Subordinado a su pertenencia a una comunidad, hundido en lo universal de la fe cristiana, el héroe, para merecer un lugar aparte y único, tiene que confundirse con el santo.

La fuerza utilizada en la realidad contó mucho menos que la selección de un estilo hiperbólico; lo excepcional se manifiesta en la obra literaria con valor de propaganda. Por lo tanto surgen unos supuestos autorretratos literarios de Bertran de Born que quedan en la memoria por el exceso de las metáforas, el choque de los colores, la descripción detallada y expresiva de los cuerpos despedazados. Más y más palabras paroxísticas para destruir, para desafiar lo que evoca el historiador Franco Cardini en *La culture de la guerre*: “Atrás de sus máscaras de fierro, algo ahora, estaba agazapado... el miedo”.⁴ Los desafíos aparecen como una técnica para dominar el miedo.

Desde el principio, en la relación de las acciones del guerrero-trovador, se construye una pedagogía heroica según una estructura normativa muy marcada, capaz de adquirir una fuerza más demostrativa. Creación literaria donde se ubica primero el futuro héroe en la oscuridad, en un rango no muy elevado en la pirámide feudal. De la misma manera, en la literatura artúrica, el rey Arturo no puede ser el héroe; ha dejado su lugar a los caballeros venidos de fuera, del bosque o del lago, hijos de reyes muertos y vencidos, Perceval, Lancelot, olvidados por la corte. Saliendo en los intersticios de la Historia se encaminan hasta la historia de los reyes, por eso mismo los poemas pueden exaltar hazañas y palabras del que cayó por lo tanto en el pecado del guerrero, el furor.⁵ Pero a lo inhumano se contraponen la figura del perfecto com-

³ Véase D. Barthélémy, *La société dans le comté de Vendome de l'an mil au xive siècle*, Paris, 1996, y Ph. Contamine, *La guerre au Moyen age*, Paris, 1980.

⁴ *La culture de la guerre*, Paris, 1997, p. 47.

⁵ Véanse los análisis de G. Dumezil sobre el *ubris*, del guerrero griego de la épica.

pañero, del amigo dispuesto a sacrificarse. Las oposiciones internas siempre ayudan a la edificación del héroe porque permiten interpretaciones diversas, vertientes privilegiadas.

Su castillo será robado, incendiado, ganado de nuevo, él conocerá victorias y fracasos, antes de desaparecer en la oscuridad del claustro. Si no hay mito, según M. Detienne, sin escándalo,⁶ Bertran de Born entra de plano en el mito cuando paga su supuesta gloria personal con los castigos del Infierno, por lo menos el de Dante. Más gloria tendrá. Y podemos decir que a menudo un posible héroe debe su entrada en el mito a un dispositivo literario que buscó a la vez permanencia y actualización. Dante fue el mitógrafo perfecto por ser escritor polemista y político. Partidario de un poder monárquico para una Italia destrozada por las facciones, encuentra en un pequeño señor rebelde, cuyos poemas sonaban en las cortes italianas, al enemigo ejemplar de la paz y del orden. Lo pone en la novena fosa del octavo círculo del Infierno, el círculo de los que dividieron las familias, las ciudades, los reinos y las creencias, los que enemistaron. Al lado de Mahoma surge un cuerpo, la cabeza separada del tronco en una mano. La cabeza terrible habla, al reconocer que Dios la castigó por haber separado violentamente al rey Enrique de sus hijos.⁷

Después desaparece Bertran por siglos. No sólo él. También Perceval, Lancelot; sólo resisten los que pueden servir a los reyes franceses en su búsqueda de continuidad y de legitimidad, o a la Iglesia: Carlomagno o Juana de Arco subsisten en la memoria. La Edad Media se desprecia por “gótica”, es decir bárbara, oscurantista. Más todavía se desprecia lo que se dijo en la lengua “romana” del sur de Francia, lengua de oc, una lengua que perdió definitivamente su papel político, jurídico, y hasta literario a partir del siglo xvi.

La invención de un héroe étnico y su fracaso

El medievalismo sube a la superficie sin embargo en las nostalgias de un Antiguo Régimen reaccionario y revanchista para desaparecer de nuevo con la admiración por los antiguos romanos de la época revolucionaria y del Primer Imperio. Cuando acaba en derrota la epopeya napoleónica, los “hijos del siglo” se quejan del desencanto del mundo y al aburrirse en un país ya sin gloria, miran con entusiasmo hacia el pasado. Ya es tiempo para los historiadores liberales de inventar otra Edad Media; dan todos sus esfuerzos a lo que les parece la esencia de la

⁶ *L'invention de la mythologie*, Paris, 1981.

⁷ Canto xxviii.

nueva y verdadera historia, el “estudio de la Libertad”. El joven Augustin Thierry⁸ en sus *Lettres sur l’Histoire de France* de 1827 escribe: “Hasta ahora no tuvimos una verdadera historia de Francia”, y añade “nosotros, hombres de Libertad, también tenemos ancestros”. Bertran de Born es uno de ellos. El sur de Francia en la Edad Media se impone a Thierry como tierra de libertad por el menor peso que tuvieron ahí, un tiempo, el rey y la Iglesia. Él, que fue también secretario del conde de Saint-Simon, representa aquellas regiones como una verdadera comunidad lingüística y cultural, laica, más democrática, más rica y más creativa que la Francia norteña. En algunos puntos tiene razón. Bertran de Born, de repente “hombre extraordinario”, intuye que es necesaria la unidad de todos los aquitanos (de Limoges a los Pirineos) en contra, a la vez, de los reyes de Inglaterra y de Francia. El “patriota del Sur” se apoya en una opinión pública, la que oye sus canciones políticas, para representar la voluntad de un pueblo. Por lo tanto Augustin Thierry cita en el texto original, en la lengua de oc, los poemas del trovador. Lo exalta como héroe en unas páginas escritas para dar la palabra a los pueblos, a los vencidos en el momento del regreso de los Borbones, condenados al silencio. En su perspectiva, Bertran de Born, ejemplar en el pasado, sirve para inventar el presente. Puede ser un modelo en la movilización de los liberales románticos en favor de la liberación de las naciones. Al modelo de la Edad Media responde en eco la sublevación griega contemporánea en contra de los turcos, que llamó la atención de Víctor Hugo y de Eugenio Delacroix.

El caballero trovador representa la culminación de la voluntad del pueblo y permite una nueva lectura de la historia francesa donde se pone hincapié en la singularidad del Sur y en los conflictos entre “razas”.

El tema conduce a una querrela entre intelectuales durante varios años mientras Bertran de Born se convirtió en 1842 en el protagonista de una novela histórica que tuvo cierto éxito puesto que se publicó varias veces en entregas y hasta con grabados del taller de Gustavo Doré. Se confirma en esta novela de Mary-Lafon la visión de una civilización sureña más refinada y más democrática. Sin embargo, cuando el Romanticismo promueve las raíces sureñas es también —¿sobre todo?— para distinguir el alma francesa del espíritu alemán como se observa nítidamente en *De l’Allemagne* de Madame de Staël. El Sur tiene una doble legitimación, la especificidad regional y la que permite definir la nación francesa en frente de otras. La más universal parece ser la segunda, entonces la más legítima. Se aleja progresivamente en la cultura fran-

⁸ Véase in P. Nora, *Les lieux de mémoire*, l’article de M. Gauchet “Les lettres sur l’histoire de France d’Augustin Thierry”, t. II, I, p. 247-316.

cesa la imagen del héroe del Sur, del guerrero liberador. ¿Por qué este fracaso de nuevo? ¿El héroe de la raza nunca podrá sobrevivir?

También es que sobrevive de otra manera y lejos de Francia, lejos entonces de nuevo de su historia. Mientras una parte del debate intelectual francés era político la escuela filológica alemana hacía un trabajo importante para editar y traducir los poemas de los trovadores, trabajo retomado poéticamente por poetas, Uhland y Heme. Se reorganizan los motivos alrededor del héroe capaz de resistir a los poderosos por ser dueño de la seducción del discurso. De ahí surgió la imagen del señor feudal heroico por ser solitario y rebelde. Capaz de arriesgar todo para hablar de igual a igual con los poderosos, profeta soñador que no tiene nada que ver con un líder patriótico, pero mucho con el modelo romántico. Poetas y filólogos tuvieron mucha influencia no sólo en Alemania, donde encontramos un libreto sobre Bertran de Born escrito por un amigo de Wagner, sino también en Dinamarca (poema lírico de Recke) para culminar con la obra de un joven dramaturgo ruso admirado por Gorki, Lunts, que en medio de la tormenta revolucionaria glorifica a Bertran por poner más alto que todo su libertad. Por eso mismo deja su impronta en un universo de sumisos. El trovador, más que el guerrero, es el hombre admirado por la fuerza de la palabra, sin tener necesidad del apoyo de los poderosos, ni siquiera de la protección de un castillo.

Esa imagen muy desarraigada y muy romántica del poeta no tiene contrapeso donde se podría esperar, en el sur de Francia mismo. La creación de un héroe regional propio para apoyar una alternativa política, o dar otro modelo cultural, no focaliza los movimientos de “renacimiento” en el sur de Francia durante la segunda mitad del siglo XIX.⁹ A pesar de la publicidad dada a Federico Mistral, que obtuvo el Premio Nobel en 1904, su poesía tiene dificultad para abarcar todo el país occitano. Sus seguidores, un grupo de jóvenes intelectuales, invocan una Edad de Oro campesina, arcaica, nostálgica. El centro nuevo se ubica mas en el sureste, en la Provenza; lo que cuenta del Sur es el sol, el paisaje mediterráneo, la música. Ahora bien, la belleza sencilla de la patria chica, del terruño, la cultura francesa lo puede aceptar, al darle el estatuto de lo otro en lo diverso, lo rico por sus matices que es Francia. El Sur tiene que retomar lo que París y sus intelectuales valorizan, y la nación reconoce los particularismos regionales de sus “bellas provincias” que le dan un toque de colores. El Norte, con la ayuda de los “felibres”, los seguidores de Mistral, que quieren ser los poetas de cada una de sus ciudades, cada uno de sus castillos o pueblos enmarcados en

⁹ Ver el artículo de Ph. Martel “Le félibrige”, en *Lieux de Mémoire*, *op. cit.* t. III, p. 566-611.

un paisaje radiante, inventa una representación del Sur que cae en lo pintoresco, hasta lo exótico. El hombre del Sur tiene un “caracter ágil, vigoroso y frívolo” según Michelet, a pesar de haber sido un admirador crítico de Thierry. Describe entonces al trovador como a un jugador, un esteta parecido a Nerón que cantaba mientras Roma ardía, pero con premios, festivales, museos y atención dada por los periódicos de París, se satisface el movimiento regionalista.

No hay héroe en Francia que no sea nacional

Los historiadores y pedagogos seguirán esas huellas en toda la Tercera República —1875 a 1940— y dejaron al lado a Bertran de Born. Al guerrero de Aquitania le falta a la vez lo nacional y lo popular, puesto que se confunde con los adversarios de la ideología nueva, la de la nación una e indivisible de la Revolución. ¿No se encuentra él del lado contrario, con lo aristocrático y las tentaciones separatistas? En la monumental *Histoire de France* de Lavissee —1901 a 1911— el trovador tiene que ceder su lugar a su hijo, caballero que defendió el reino de Francia hasta su muerte en la batalla de Bouvines, batalla fundadora por ser victoria del rey de Francia.¹⁰ Por lo tanto no figura en los libros de texto que de una manera definitiva, hasta hoy en día, escogen a los héroes. Abandonado por los progresistas se lo pueden anexar unos escritores sureños de derecha, más bien de ultra derecha, defensores de la aristocracia que todavía tiene terrenos y lealtades rurales, pero eso no saldrá de unos folletos poco difundidos.

El guerrero sobrevivirá solamente si se puede interpretar como emblema de la nación fuerte; será liberador si tiene el discurso de la revancha francesa. La lectura de sus luchas se vuelve positiva y merece una mención si se ve como aliado objetivo de Felipe Augusto, el rey que hizo crecer geográfica y políticamente el reino por compartir el mismo enemigo de aquél, el “inglés” Ricardo Corazón de León. A pesar de los múltiples poemas violentos, virulentos, insultantes, de Bertran en contra del rey francés, mezquino, avaro, demasiado prudente, y de su admiración aun en el conflicto para el rey más occitano que inglés y sobre todo caballero, valiente, dadivoso, poeta. Pero ya una vez que existe una leyenda, una referencia apoyada en unas imágenes y unos adjetivos fuertes, no se necesita regresar a los poemas.

¹⁰ Véase G. Duby, *Le dimanche de Bouvines*, Paris, 1973, en una colección titulada “30 días que forjaron Francia”.

Después de la Primera Guerra Mundial se nota un deslizamiento del rubio Ricardo Corazón de León al “sajón pelirrojo” lo que hace de Bertran un defensor de la “Tierra y los muertos”, según el lema favorito del nacionalismo de la época. Entra en la lista de los personajes de segundo rango que pueden renacer hasta la *Résistance* en una Francia ocupada por las tropas nazis, en la voz clandestina del poeta comunista Aragón, que lo había descubierto en la *Divina Comedia*.¹¹ En tiempos difíciles se necesitan guerreros aun casi olvidados.

Así se edifica la construcción de una historia nacional como “alternancia de felicidades y agravios que permitieron a la conciencia colectiva de integrar las desdichas en la identidad histórica”.¹² Ubicar esas desdichas en la lejanía de la Edad Media ayuda a poner el acento en la gloria de una nación que atravesó los siglos y sobrevivió a pesar de todo. Si el héroe, fuerte y derrotado, toma el papel del ave fénix en la plasticidad de su leyenda de repente actualizada, quiere decir que el ave fénix también es Francia. El guerrero sirve de garante a la nación en el transcurso del tiempo, pero entre los guerreros perduran más los héroes relacionados con los poderosos, Iglesia o reyes, que reforzaron muchas lealtades y solidaridades. Durante siglos difícilmente existe el que no pertenece al discurso historiográfico de las crónicas reales. Fue el caso, como ya lo habíamos mencionado, de Roland y Carlomagno. Carlomagno en Francia no se salvó por los titeres de Sicilia, y poco por los folletos de la “Bibliothèque Bleue”,¹³ más bien por los rituales reales. Lo mismo con Juana de Arco, cuando vino la República laica, Juana de Arco debió su sobrevivencia a su origen humilde de joven pastora y también a su amor a la *douce France*.

Roland y Juana tienen otra especificidad muy importante en la conciencia colectiva francesa, la de ser relacionados al espacio frágil y por lo tanto más querido, de las fronteras. Juana es hija de la Lorena, al límite de la parte de esta misma provincia avasallada por el Imperio alemán a partir de la derrota de 1870 y pérdida durante casi medio siglo. Roland murió en los Pirineos vencido por culpa de un traidor. Hace eco aquella traición a la debilidad de Bazaine que aceptó la rendición de Sedán. Se oponen la figura del verdadero emperador Carlomagno animado por el deseo de venganza, y la de Napoleón el tercero, exiliado.

El culto escolar a Roland empieza en los libros de texto de los años 80 del siglo pasado que urden el mito nacional. Lo que no les pertene-

¹¹ Como lo hace también Ezra Pound.

¹² J. Le Goff, *Saint Louis*, Paris, 1996, p. 893.

¹³ Ver sobre la Bibliothèque Bleue varios artículos de R. Chartier.

ce difícilmente entrará en la memoria colectiva; lo único que pueda contrapesar este olvido sería la inscripción en un territorio. El héroe sobrevive si se arraiga en un paisaje, y en su toponimia, pero tienen más posibilidades de llenar así un paisaje, (es decir unos puntos extraños, loma aislada en la llanura, brecha en la sierra, fuente escondida en el bosque) los personajes del folklore, nacidos del agua o del monte, hadas —de las cuales Juana, la pastora que tuvo visiones de santas parecidas a hadas no difiere mucho—, gigantes que dejaron huellas de sus botas. De los guerreros ¿qué buscar? Se necesitan por lo menos las ruinas impactantes de un castillo. Se mantienen si se arriman a unas imágenes fuertes elegidas por los primeros turistas o viajeros, grabadores, primeros fotógrafos, pero en los grabados, diccionarios, mapas o reportajes ilustrados de la Francia de repente “pintoresca” para todo el siglo XIX, aparecen sobre todo lugares del norte de Francia, de nuevo más relacionados con la historia real o nacional, París, Reims, donde coronaban a los reyes, Domremy, el pueblo de Juana de Arco, Vezelay, la basílica donde se escuchó el más fuerte llamado a la Cruzada, Valmy y la victoria inesperada de las tropas revolucionarias. Si buscamos la relación fuerte entre un paisaje y un hecho histórico, encontraríamos los castillos de los Cátaros y la pradera de los “quematz”, los quemados, los últimos herejes albigenses desaparecidos en la hoguera. De aquella historia no supo nada el caballero poeta ya muerto cuando llegaron del Norte los enviados del Papa y los nobles franceses, listos para la guerra. ¿Cuántos *lieux de memoire* abriga el Sur? La memoria colectiva se apoya en un territorio o en la reiteración impuesta por la escuela.

Progresivamente se ha probado la casi-imposibilidad para el imaginario francés, incluyendo el Sur, de crear héroes regionales. Es más difícil todavía hablar de héroes de la raza, héroes étnicos a pesar de los esfuerzos del Romanticismo y del regionalismo del siglo XIX. Los héroes retoman fuerza aun desde lejos, cuando la Patria acude a sus fronteras. La única identidad étnica reivindicada de manera continua y que también encontramos en el cuadro de referencias que hace una especie de sistema con la figura de Bertran, sería la de la alma céltica. Representa lo indígena, lo autóctono, pero a la dimensión del país entero, más bien de un imperio inmenso, y de tiempos más antiguos.

Si dejamos al lado los obstáculos del centralismo real o jacobino, se vuelve evidente la importancia de la construcción literaria para hacer permanecer a un héroe. De Bertran no se hablaría si no se hubiera él mismo forjado una nostálgica imagen épica. Imagen capaz de impresionar a Dante, admirador de los trovadores, que le da un toque más fantástico. Dante, siempre muy leído, transmite a los lectores y a los ilustradores de los siglos venideros, de Botticelli a W. Blake, el nombre



del poeta aun cuando en ningún lugar se sabía ya del personaje histórico. De Augustin Thierry los lectores descubrieron con entusiasmo sus intereses políticos, pero también su admiración para Walter Scott. Con un estilo muy lírico nutrido por los mismos poemas del caballero dramatiza la historia.

El héroe por lo tanto es más la conclusión de una trayectoria de discursos que su origen. Trayectoria con algunos tropiezos, pero la inserción en la Edad Media, es decir en la Francia eterna, autoriza todas las reconciliaciones. Todavía en una encuesta del periódico francés *Le Monde* en 1996 sobre las imágenes emblemáticas —y positivas— de la historia de Francia, cuatro entre las siete mejores salían de la Edad Media: adelante Carlomagno, Juana de Arco, San Luis y Clovis. Ofrecen una imagen idealizada de unión, de consenso, en el país de las numerosas revoluciones. Lo que no puede dar el caballero dantesco, héroe fracasado, sin duda alguna, pero héroe por sus metamorfosis y por las múltiples verdades políticas que le hicieron defender los dibujantes del mito nacional.